

# **ARQUEOLOGÍA EN EL CARIBE COLOMBIANO: BALANCE, RETOS Y PERSPECTIVAS**

Juan Guillermo Martín  
Javier Rivera Sandoval



## **1. INTRODUCCIÓN**

La arqueología en el Caribe colombiano ha tenido una prolongada trayectoria, desde inicios del siglo XX, debido a que es una región clave para entender los intrincados procesos relacionados con adaptabilidad y complejización social (Mason, 1939; Angulo, 1955, 1981, 1983, 1988; Reichel-Dolmatoff, 1954, 1955, 1965, 1991; Reichel-Dolmatoff y Dussán, 1956; Plazas y Falchetti, 1981, 1988; Oyuela-Caycedo, 1987, 2006; Oyuela-Caicedo y Rodríguez, 1995).

La diversidad de procesos sociales identificados y estudiados en el Caribe se relacionan en buena medida con la variabilidad en las condiciones ambientales que la región ofrece. Los enfoques paleoecológicos, fundamentados en la paleobotánica y la arqueozoología (Betancourt y Rangel, 2012; Oyuela-Caycedo, 1996; Peña, 2001; Ramos y Archila, 2008; Ramos, 2014), han ofrecido una nueva perspectiva sobre los cambios ambientales con una perspectiva de larga duración. A ello se suman la geoarqueología (Butzer, 1989) y los análisis de paisaje, que han precisado las transformaciones que este ha sufrido debido a la prolongada presencia humana en la región.

Se trata de trayectorias culturales diferentes que se adaptaron a entornos disímiles, los transformaron y aprovecharon sus recursos, más allá de una economía de subsistencia y desarrollos culturales unilíneales.

Por supuesto, no todas las aproximaciones arqueológicas a la región Caribe han tenido en cuenta estos criterios. Lo cierto es que los corpus de información generado por los pioneros de la arqueología del Caribe colombiano marcaron una hoja de ruta, plantearon interrogantes y generaron una base fundamental para el desarrollo de la disciplina.

Este capítulo ofrece una breve síntesis de lo que hasta la fecha se ha venido generando en la región Caribe, incluyendo el desarrollo de la arqueología histórica y urbana, la arqueología subacuática y el papel de los museos arqueológicos como piezas fundamentales en la difusión de estos conocimientos.

## **2. EL PAISAJE COMO UNIDAD DE ANÁLISIS**

A partir del desarrollo de la geoarqueología, a finales del siglo XX, el paisaje ha cobrado mayor relevancia y, en ese sentido, la comprensión de los diversos

paisajes que configuran la región Caribe colombiana facilita el entendimiento de los procesos sociales y culturales que se dieron en los últimos diez mil años.

Se trata de una región de contrastes, desde una perspectiva ambiental, donde se presentan paisajes que van desde estuarios, sabanas, lagos, ciénagas, cuencas hidrográficas diversas, llanuras desérticas, sistemas montañosos, y la imponente Sierra Nevada de Santa Marta. Todos ellos, de una u otra forma interconectados, pero con evidentes diferencias, las cuales se presentan a continuación siguiendo un orden geográfico desde la península de La Guajira hasta el golfo de Urabá.

Las llanuras desérticas y semidesérticas están concentradas en el área norte, específicamente en la península de La Guajira, el enclave de Los Venados en el Cesar, pequeños sectores de Bolívar y Atlántico, el sector oriental del parque nacional natural de la isla de Salamanca, y en la bahía de Santa Marta. Se trata de zonas ecológicas en las cuales predominan la escasa pluviosidad, altas temperaturas y una cobertura vegetal adaptada a estas condiciones (Hernández *et al.*, 1995).

La vegetación característica está constituida por árboles pequeños, arbustos achaparrados de hojas permanentes, rígidas y espinosas. También se presentan gramíneas que se secan en verano. En estas zonas crecen además plantas con hojas carnosas y arbustos como el yabo (*Cercidium praecox*) y el cují (*Neltuma juliflora*), alrededor de los cuales se forman matorrales muy densos (Rangel, 2012).

La fauna está representada por especies endémicas como el cardenal guajiro (*Cardinalis phoeniceus*), serpientes de coral (*Micrurus sanglensis*) y salamandras (*Bolitoglossa* sp.) (Rangel, 2012).

Sin embargo, la problemática ambiental actual en la región Caribe se caracteriza por el predominio de la ganadería intensiva y el incremento de la agroindustria y los proyectos de minería, lo que ha causado el deterioro de los ecosistemas, afectando en particular los territorios indígenas y campesinos.

La Sierra Nevada de Santa Marta es la elevación costera más alta del mundo (5.775 m, a 46 km de la costa, y 17.000 km<sup>2</sup> de área), aislada del extremo norte de los Andes (serranía del Perijá) por un valle de 62 km de ancho. Este aislamiento provoca un fuerte grado de endemismo en numerosas especies de la flora y la fauna.

La Sierra está ubicada entre los departamentos de Magdalena, La Guajira y Cesar, con apariencia de pirámide cuyo costado norte bordea el mar Caribe desde las planicies de La Guajira hasta la desembocadura del río Manzanares. El costado occidental limita con la Ciénaga Grande de Santa Marta y el valle aluvial del río Magdalena, y finalmente el costado oriental, delimitado por

el valle del río Cesar hasta La Guajira. En la Sierra Nevada se encuentran los picos más elevados del territorio colombiano (Cristóbal Colón y Simón Bolívar, con 5.750 m cada uno); además se localizan lagos ubicados a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar (m. s. n. m.), a partir de los cuales se forman los ríos que descienden por los tres costados.

Las zonas estuarinas son los lugares en los que los ríos llegan al mar combinando la salinidad del agua marina y el agua dulce. Este intercambio de nutrientes, sedimentos y organismos vivos genera ambientes valiosos desde un punto de vista biológico y económico. Dichos ambientes son el lugar de crianza de gran variedad de aves migratorias, peces marinos costeros y camarones. En la actualidad muchas de estas zonas de estuarios son utilizadas como puertos de gran importancia para la navegación industrial y turística.

La vegetación típica de estos ambientes es la del manglar, dentro de la que se destacan especies como *Avicennia germinans*, *Conocarpus erecta*, *Laguncularia racemosa*, *Pelliciera rhizophora*, *Rhizophora mangle*. Estos árboles tienen como característica su tolerancia a suelos muy húmedos, en los que se presenta alta concentración salina y que durante buena parte del año soportan la inundación por efectos de la marea. Esa complejidad de suelos y vegetación favorece la presencia de gran variedad de moluscos, peces, aves y mamíferos. Entre los primeros se cuenta con especies como la piangua (*Anadara* spp.) y la ostra negra (*Isognomun alatus*); crustáceos, como el cangrejo azul (*Cardisoma* spp.), los langostinos (*Penaeus* spp.) y el camarón pistola (*Alpheus* spp.); mamíferos, como el mapache cangrejero (*Procyon carnivorus*) y la nutria (*Lutra longicaudis*). Entre los peces más frecuentes se encuentran los bagres marinos, mientras que las aves de la zona suelen ser las garzas nocturnas (*Nycticorax* spp.), los piqueros (*Sula leucogaster*) y el pelícano (*Pelicanus occidentalis*). También se hallan caimanes (*Crocodylus acutus*) y babillas (*Caiman crocodilus*) (Rangel, 2012).

Estos ambientes, al igual que en muchas otras regiones del Caribe, se ven amenazados por los procesos de explotación agrícola y pesquera, que limitan la productividad del sistema e incluso el mismo potencial económico. Además, los estuarios o zonas litorales se ven muy afectados por la construcción de las carreteras que sin planificación destruyen manglares al disminuir el intercambio de sales y nutrientes.

Las sabanas de la región se encuentran localizadas sobre todo en los departamentos de Córdoba, Sucre y Bolívar, y se caracterizan por ser zonas cuyas características de suelo, clima y flora las convierten en ecosistemas de gran importancia económica y ecológica, que en la actualidad se utilizan para la producción ganadera.

La vegetación que representa a estos entornos ambientales son *Trachypogon* spp., *Paspalum* spp., *Axonopus* spp. y *Andropogon* spp. También se encuentran especies como *Curatella americana*, *Byrsonima crassifolia*, *Bowdichia virgiloides* y *Xilopia aromatica*. Los pocos bosques de galería que se registran, y de los que hoy pocos reductos quedan, se localizan a lo largo de las riberas de los ríos y caños con cauce permanente; básicamente están conformados por árboles como *Tabebuia serratifolia*, *Ceiba pentandra*, *Hymenaea courbaril* y *Comarouna rosea*, entre otros (Rangel, 2012).

En cuanto a la fauna de la región, cada vez más mermada, se cuenta con especies de mamíferos como el venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*), chigüiro (*Hydrochaeris hydrochaeris*), jerre-jerre (*Dasyprocta punctata*), saínos (*Tayassu tajacu* y *Tayassu pecari*), lapa o tinajo (*Agouti paca*) y armadillo (*Dasybus novemcinctus*). Entre los reptiles sobresalen la tortuga hicotea (*Trachemys callirostris*) y la babilla (*Caiman crocodilus*) (Rangel, 2012).

Sin embargo, estos ecosistemas se han visto modificados por el incremento de actividades de ganadería extensiva, para las que se han mejorado los pastos y se ha degradado el bosque, y también han sido utilizados para los cultivos intensivos de arroz y palma de aceite africana. Estos procesos de transformación del entorno generan impactos negativos en los suelos, porque se hacen frágiles y se contaminan, con la consecuente pérdida del potencial ecológico y económico.

Lagos y humedales son ecosistemas productivos que cumplen la función de controlar las inundaciones, en la medida en que actúan como esponjas de almacenamiento durante el invierno y de liberación en el verano; asimismo, son retenedores de sedimentos y nutrientes, lo que favorece la agricultura. La relación del agua, el suelo, los nutrientes, la vegetación y la fauna favorece que en estas zonas se dé una gran diversidad de vida silvestre, recursos forestales, abastecimiento de agua y despensas agrícolas.

La vegetación acuática de los humedales está conformada por plantas flotantes como los pajonales y las tarullas. Entre tanto, la fauna está caracterizada por mamíferos como el chigüiro (*Hydrochaeris hydrochaeris*), el perro de agua (*Lutra longicaudis*) y el manatí (*Trichechus manatus*, *Trichechus inungis*). También ocupan la zona babillas (*Caiman crocodylus*), caimanes (*Crocodylus intermedius*, *Crocodylus acutus*) y la tortuga hicotea (*Trachemys callirostris*) (Rangel, 2012).

Las ciénagas, humedales y lagunas presentan diversos problemas ambientales, como la quema de vegetación, contaminación con agroquímicos, sedimentación excesiva, inundación constante y erosión. Además, por la caza de especies de reptiles como iguanas y tortugas, y la sobreexplotación pesquera.

El complejo de humedales más representativos de la región Caribe lo conforma el río Magdalena, que forma cerca de 1.900 ciénagas, e incluye los ríos San Jorge y Cauca, formando la Depresión Momposina, así como los humedales de los ríos Sinú, Atrato y Cesar. Se dice que el total de los humedales de la Depresión Momposina corresponden a 607.504 hectáreas, de las cuales 57,7% están localizadas en los actuales departamentos de Bolívar y Magdalena.

Los montes son formaciones montañosas que se ubican cerca al litoral, haciendo las veces de franja entre las sabanas y el mar. Su formación geológica corresponde a rocas sedimentarias del Terciario, depositadas en el fondo del mar y levantadas por los movimientos tectónicos de la placa del Caribe y el levantamiento de los Andes. En la región Caribe, las unidades que las representan son los Montes de María o serranía de San Jacinto, en Bolívar, y la serranía de San Jerónimo, al norte de Córdoba y Sucre.

La fauna de estos ambientes está representada por monos y aves, siendo las principales especies la pava congona (*Penelope purpurascens*), el paujil colombiano (*Crax alberti*), la guacamaya azul y amarilla (*Ara ararauna*), y mamíferos como el mono araña (*Ateles* sp.), mono aullador (*Aloatta seniculus*), mono capuchino (*Cebus capucinus*), saíno (*Tayassu tajacu*), tití cabeza blanca (*Saguinus oedipus*), entre otros (Rangel, 2012).

Los problemas ambientales que se presentan en la región son similares a los ya descritos; no obstante, parece que en estas zonas tienden a acrecentarse debido a la erosión de ladera; la deforestación provoca procesos geomorfológicos laminares, escorrentías que lavan las colinas y arrastre de materiales. El aumento de cultivos y zonas ganaderas a su vez han limitado los espacios a la vida silvestre.

### 3. LAS OCUPACIONES PREHISPÁNICAS DEL CARIBE COLOMBIANO

La arqueología de esta región se ha concentrado principalmente en las diversas ocupaciones prehispánicas, proponiendo una periodización a partir de las estrategias de subsistencia asociadas con la diversidad ambiental antes expuesta (Groot, 1989). En este sentido, Langebaeck y Dever (2000) plantean tres etapas para lo que se ha denominado el período Formativo: por un lado, está el Formativo Temprano, asociado a los grupos de cazadores recolectores que, a través de sus innovaciones, posibilitarían el desarrollo de la vida sedentaria y la producción de alimentos. Le sucede el Formativo Medio, vinculado con las actividades agrícolas y el aprovechamiento específico de tubérculos y raíces como la yuca. Finalmente, el Formativo Tardío estará relacionado con

el cultivo y la producción del maíz y el surgimiento de una complejidad social que facilitó el desarrollo de las sociedades cacicales.

Para el Formativo Temprano en la costa Caribe se ha reportado instrumental lítico paleoindio, representado básicamente en puntas de proyectil en sitios como Bahía Gloria, en el golfo de Urabá (Correal, 1983), Santa Marta, Mahates, Betancí (Reichel-Dolmatoff, 1989), San Nicolás en el valle del río Sinú y en el canal de Dique (Reichel-Dolmatoff, 1986). Lamentablemente, se trata de hallazgos esporádicos, en los que por lo general el contexto no es claro y su asociación inexistente. Tampoco se da cuenta de una cronología absoluta que pueda precisar otros aspectos en torno a las estrategias de subsistencia de estos grupos humanos.

Recientemente, en el alto Ranchería se recuperó, en una recolección superficial, una serie de artefactos paleoindios. Resalta la presencia de fragmentos de puntas joboides, *choppers* y *chopping-tools*, así como raspadores plano-convexos, en el municipio de Barrancas, en La Guajira (Rodríguez *et al.*, 2010). Se trata de hallazgos que se relacionan con los reportados en Venezuela en los estados de Falcón y Lara (Jaimes, 1998, 1999), asociados con pobladores tempranos en esta región del continente.

Desde la paleoecología se ha podido establecer que, entre el 18.000 y 6.000 A. P. (antes del presente), la temperatura empezó a elevarse, lo cual generó un aumento en el nivel del mar, que alcanzó a estar 100 metros (m) por debajo de los índices actuales (Archila, 1993: 116). Asimismo, este proceso ocasionó una fluctuación en las líneas de costa que estaban siendo ocupadas por los grupos de cazadores recolectores. Esto no solo explica por qué no hay suficiente evidencia sobre los primeros pobladores del Caribe, ya que como se ha reportado para otras regiones quizá los sitios asociados a estos grupos están sumergidos (Dillehay, 2000), sino que también tiene una fuerte incidencia en las dinámicas de aprovechamiento de los recursos costeros y estuarinos. Además, entre el 7.000 y 1.900 A. P. se dieron varios procesos que modificaron el paisaje en el Caribe colombiano, los cuales incluyen movimientos tectónicos, cambios en los cursos de los ríos, aumento de las precipitaciones, formación de lagos y ciénagas estacionales y la incursión del mar tierra adentro (Archila, 1993; Oyuela-Caicedo, 1996), con las consecuentes formaciones de ecosistemas de mangle, que se redujeron posteriormente con la llegada de épocas más secas. En este proceso se destaca la alternancia de períodos secos y húmedos a partir de los niveles de inundación en la porción baja de los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge en los últimos 5.500 años (Archila, 1993: 119, Oyuela-Caycedo, 1996: 53).

Las fechas más antiguas asociadas con actividad humana en el Caribe colombiano provienen del sitio San Jacinto I, una ocupación fechada desde



el  $5.940 \pm 60$  A. P. (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014: 8). Allí fue posible establecer no solo la manera como las poblaciones de cazadores recolectores aprovecharon los recursos que tenían a su disposición, sino también las tecnologías que implementaron para ello, como el surgimiento de la cerámica (Rodríguez, 1988).

Esta estrategia de adaptación contrasta con el de los contextos conocidos como concheros, donde es posible evidenciar otros mecanismos de aprovechamiento y sobresale la gran abundancia de restos de moluscos en sitios como Monsú ( $5.300 \pm 80$  A. P. -  $2.800$  A. P.), Puerto Chacho ( $5.220 \pm 90$  A. P.), Puerto Hormiga ( $5.040 \pm 70$  A. P. -  $4.502 \pm 250$  A. P.), Canapote ( $3.730 \pm 120$  A. P. -  $3.890 \pm 100$  A. P.) y Barlovento ( $3.510 \pm 100$  A. P. -  $2.980 \pm 120$  A. P.), los tres primeros localizados en inmediaciones del canal del dique y los otros dos sobre la costa cerca a Cartagena. Dichos yacimientos sugieren tanto los procesos de cambio climático que sufrió la región, como la manera en que incidieron en la configuración del paisaje y la disponibilidad de recursos.

Para períodos posteriores se han registrado otros concheros en el área de la isla de Salamanca, entre Barranquilla y Santa Marta, y en proximidades de la Ciénaga Grande de Santa Marta. En la primera zona se han identificado fechas entre el  $1.615 \pm 100$  A. P. y el  $985 \pm 120$  A. P., en sitios reportados inicialmente por Reichel-Dolmatoff en la década de los cincuenta y que son interpretados como campamentos temporales que pudieron estar vinculados con los pueblos Tairona de la Sierra Nevada de Santa Marta, como es el caso del sitio Cangarú (Oyuela-Caycedo, 1996: 67). Una situación similar se presentó para los concheros identificados en la Ciénaga Grande, donde se ha estimado una cronología que va del  $1.490 \pm 100$  A. P. al  $825 \pm 100$  A. P. (Oyuela-Caycedo, 1996: 64).

Asimismo, en el costado oriental del golfo de Urabá se han reportado otros concheros sin dataciones asociadas, pero con evidencia de fragmentos cerámicos, restos faunísticos, instrumentos líticos y sepulturas, como en el sitio El Estorbo, asociados a un patrón de asentamiento en el que las viviendas eran dispuestas en terrazas sobre áreas de piedemonte (Santos, 1986).

Estos sitios muestran continuidad en el uso de los concheros como estrategia de aprovechamiento de recursos, aunque los más tardíos serían usados por las sociedades agroalfareras. Precisamente el Caribe ha sido el escenario para la discusión sobre el origen de la agricultura, la sedentarización y la cerámica desde hace casi 6.000 años en sitios tan tempranos como San Jacinto I, ubicado en la serranía de San Jacinto. Allí, a partir del análisis de polen, macrorrestos, material malacológico y óseo faunístico, se pudieron reconstruir las condiciones ambientales e incidencia en las estrategias de subsistencia de las poblaciones de cazadores recolectores entre el  $5.940 \pm 60$  A. P. y

el  $5.300 \pm 75$  A. P., incluyendo la introducción de la cerámica con desgrasante de la fibra vegetal más antigua de América.

En este sitio se destaca la presencia de 112 hornos subterráneos y otra serie de rasgos, entre los que sobresalen huellas, postes, acumulaciones de moluscos y artefactos para el procesamiento de alimentos. Los autores hacen énfasis en la falta de asociación entre los hornos y el material cerámico, reforzando la idea de que al inicio la alfarería no se usó en actividades de cocina (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014).

Esta cerámica se caracteriza por un color de pasta oscuro, en el que se destaca el uso de fibra vegetal como desgrasante. Son vasijas elaboradas por modelado directo y horneadas a baja temperatura, pero llaman la atención la elaboración y calidad de los motivos decorativos modelados, particularmente en las asas, donde se representan animales y diseños geométricos de gran complejidad, cuya significación social debió primar sobre su carácter meramente utilitario (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014).

A solo 5 km de este sitio se encuentra San Jacinto II, que muestra una tecnología y quizá un estilo de vida más o menos similar, aunque se observan algunas diferencias que sugieren una mayor elaboración en los artefactos, como la incorporación de arena para la fabricación de la cerámica, aunque aquella con fibra vegetal sigue siendo la más recurrente. Estas modificaciones se darán hacia el  $4.565 \pm 85$  A. P. (Oyuela-Caycedo y Bonzani, 2014: 9).

En la región ya había sido reportada cerámica temprana en Monsú (Reichel-Dolmatoff, 1985), localizado en el canal del Dique, una zona plana y cenagosa donde se evidencian aún numerosos montículos artificiales. Allí se obtuvieron tres fechas radiocarbónicas, la más antigua hacia el  $5.300 \pm 300$  A. P. Estos concheros, característicos del Caribe colombiano, fueron motivo de investigación, sumando otros sitios similares como Puerto Hormiga, también en inmediaciones del canal del Dique, donde se identifica igualmente cerámica con desgrasante vegetal, con una antigüedad de  $4.875 \pm 170$  A. P. Se consideró como un sitio caracterizado por una horticultura incipiente, combinada con la recolección de moluscos y la pesca en los numerosos cuerpos de agua que circundan la región (Reichel-Dolmatoff, 1985).

Otro de los sitios tempranos de la región Caribe es Rotinet, en la ciénaga de El Guájaro, investigado por Carlos Angulo Valdés (1981). En este lugar, caracterizado por las acumulaciones de moluscos, se recuperaron fragmentos cerámicos, líticos y numerosos restos de fauna. Las fechas de radiocarbono obtenidas allí lo ubican cronológicamente entre el  $4.190 \pm 120$  A. P. y  $3.800 \pm 110$  A. P.

Recientemente, en la otra orilla de El Guájaro, Alejandra Betancourt excavó el sitio conocido como Punta Polonia, similar en su ensamble artefactual a

Rotinet, obteniendo una fecha de radiocarbono similar a Rotinet, y donde se sugiere la implementación de múltiples estrategias de subsistencia que incluyen la explotación de recursos acuáticos con probable actividad agrícola (Betancourt, 2003). Esta investigación está en curso, pero muy pronto habrá nuevos datos que amplíen la secuencia de ocupación de esta zona del Caribe colombiano.

Por otro lado, el sitio arqueológico denominado Barlovento se ubica a unos kilómetros de Cartagena, en una zona de manglares. En este lugar se obtuvieron tres fechas de radiocarbono que van del  $3.510 \pm 100$  A. P.,  $3.140 \pm 120$  A. P., hasta el  $2.980 \pm 120$  A. P. Aquí la cerámica se caracteriza por el desgrasante de cuarzo y concha molida y la decoración incisa con motivos geométricos (Reichel-Dolmatoff, 1955).

Más tarde, en el Formativo Medio, hacia el  $3.070 \pm 200$  A. P., en Malambo se presenta un evidente cambio en los modos de subsistencia de las poblaciones que habitan el Caribe, lo cual va a incidir en los sistemas de producción y en el surgimiento del estilo de vida aldeano. Estos se relacionan con la domesticación y procesamiento de la yuca amarga, interpretación que se hace a partir del análisis de la cerámica encontrada como evidencia indirecta (Angulo, 1981). Langebaeck y Dever (2000: 15-18) señalan que la discusión sobre el Formativo Medio se ha centrado básicamente en este sitio, pues define una tradición cerámica caracterizada por una decoración incisa que se extiende en una amplia área territorial del norte de Suramérica, planteando relaciones con otras regiones y en particular con el valle del río Orinoco.

Las más recientes investigaciones en el bajo Magdalena han puesto en evidencia las diferencias estilísticas entre la alfarería más temprana encontrada en la región (la llamada tradición Malambo), que tiene una distribución en ambos márgenes del río, incluyendo el sitio conocido como Papare (Langebaeck, 1987), y aquella recuperada en los niveles más superficiales, de amplia distribución en la región (Langebaeck y Dever, 2000, Rivera-Sandoval, 2015).

Para este período se asume que esas sociedades comenzaron a vivir transformaciones que incluyeron un aumento demográfico y se desarrolló la división de actividades especializadas debido a la intensificación de la agricultura. Sin embargo, se consolidó la explotación de recursos acuáticos, teniendo en cuenta la presencia del río y las ciénagas aledañas (Angulo, 1981).

No obstante, en el caso del sitio La Sierra, Langebaeck y Dever (2000) identifican cerámica Malambo, pero sugieren que en él la adopción de la agricultura no conllevó al aumento demográfico, sino a una disminución paulatina hasta la llegada de los españoles.

En el Formativo Tardío ya se habría consolidado el proceso de adaptación a los paisajes lacustres y ribereños, situación que es evidente en lugares como

Momil, en las inmediaciones del bajo Sinú, con fechas de hace aproximadamente  $2.150 \pm 60$  A. P., donde se observa la incorporación de técnicas de agricultura probablemente asociadas al maíz, nuevamente inferido a partir de la cultura material vinculada con el procesamiento de esta planta (Reichel-Dolmatoff y Dussán de Reichel, 1956; Foster y Lathrap, 1975; Reichel-Dolmatoff, 1989). De igual forma, se sugiere la centralización administrativa de estas sociedades. No obstante, se supone en ese sitio la transición de un modelo vegecultor a uno agricultor, intensificando la producción del maíz para poder sustentar una población en crecimiento, lo cual generó a su vez estructuras de organización social y de trabajo mucho más complejas que en áreas como Malambo (Langebaeck y Dever, 2000).

Por su parte, en la Alta Guajira se han identificado por lo menos tres períodos de ocupación: el más antiguo, con clara influencia de la tradición Malambo, de la cual hace falta ampliar la información, seguido del período Horno, ubicado hacia el siglo V a. C., y el más reciente, asociado al período Portacelli, desde el año 750 d. C. Estos períodos evidencian un proceso de adaptación a la diversidad ambiental de la región, por ejemplo, los grupos ubicados en los valles de los ríos Ranchería y Cesar se caracterizaron por una economía basada en la agricultura, mientras que aquellos que ocuparon el bajo Ranchería se dedicaron principalmente a la pesca, la caza y la recolección de moluscos (Ardila, 1996).

Zambrano (Reichel-Dolmatoff, 1986) es otro sitio en el bajo Magdalena que se asocia con la tradición cultural tardía de esta región del país, relacionada con los complejos del río Cesar y Tubará. Algunos investigadores sugieren que se trata de una transformación de lo denominado Zenú, un desarrollo regional que requiere un capítulo aparte y se menciona posteriormente.

#### **4. LOS DENOMINADOS DESARROLLOS REGIONALES DEL CARIBE COLOMBIANO**

Las investigaciones adelantadas en Momil, Ciénaga de Oro y Betancí, en la región conocida como la Depresión Momposina, generaron un corpus de información relacionada con la transformación del paisaje, la agricultura intensiva y la complejización social con el trabajo pionero de los esposos Reichel-Dolmatoff (1956). Estos investigadores definieron el Complejo Betancí, originalmente identificado en la cuenca del río Sinú, haciendo énfasis en que se trataba de un patrón de poblamiento adaptado a las riberas de los ríos y ciénagas de la región que se difundió posteriormente a la cuenca del río San Jorge.

Esa región se caracteriza por la presencia de túmulos funerarios y plataformas de vivienda, saqueados desde la época de la Conquista. Los trabajos

de Reichel-Dolmatoff (1986) en el San Jorge llevan a renombrar este complejo como Betancí-Viloria, teniendo en cuenta sus evidentes similitudes.

Luego, entre los años 1976 y 1990, las investigaciones arqueológicas en la cuenca del río San Jorge dieron a conocer una impresionante obra de ingeniería hidráulica de la América prehispánica. Cerca de 5.000 km<sup>2</sup> de campos elevados de cultivo. Una región inundable donde se genera un delta interior conformado por el bajo río San Jorge y los ríos Magdalena y Cauca (Plazas y Falchetti, 1981, 1986, 1988, 1990; Plazas *et al.*, 1988; Plazas *et al.*, 1993).

Para esta región se definieron tres tradiciones cerámicas de amplia dispersión geográfica, llegando incluso al golfo de Urabá (Santos, 1986), pertenecientes a lo que Plazas y Falchetti (1981) denominan “una misma familia”. Para ellas, esas tradiciones, las cuales se inician en el segundo milenio antes del presente y se extienden hasta la conquista española, corresponden a conjuntos culturales diferenciados que comparten rasgos funerarios y patrones de asentamiento asociados con una estrategia adaptativa bien definida, en la que aprovechan los recursos ictiológicos y la fauna características de estos ecosistemas, junto con un sistema agrícola alternado con actividades en zonas altas e inundables, dependiendo de la fluctuación de los períodos secos y lluviosos (Plazas y Falchetti, 1981; Plazas *et al.*, 1993).

La orfebrería ha sido una expresión tecnológica y cultural fundamental para las investigaciones de esta región del Caribe colombiano. Ha servido para precisar aspectos cronológicos y relaciones estilísticas y culturales a nivel regional, teniendo en cuenta las similitudes tecnológicas existentes, como la aleación de oro y cobre, el dorado por oxidación y la técnica de la cera perdida entre el Caribe colombiano y América Central (Falchetti, 1976, 1987, 1995; Bray, 1984; Cooke, 1986; Uribe, 1988).

En el caso de la Depresión Momposina, Falchetti (1995) sugiere que los estilos identificados, tanto en el oro como en la alfarería, tienen influencia en la actividad textil y la cestería. La falsa filigrana correspondería a lo que la investigadora denomina un “tejido de metal” (1995: 266).

Cabe destacar que la tercera tradición mencionada por Plazas y Falchetti (1986) no se asocia con la construcción y uso del sistema de canales y camellones. Correspondería más bien al Complejo Las Palmas, cuyas relaciones culturales se han establecido con los grupos que los españoles denominaron malibúes (Plazas *et al.*, 1993). A su vez, este complejo guarda similitudes con el Complejo Plato Zambrano del bajo Magdalena que, como se mencionó, tiene una amplia distribución espacial y se ubica cronológicamente hasta la conquista europea (Reichel-Dolmatoff y Dussán, 1991).

Hacia el norte de la región Caribe los esposos Reichel-Dolmatoff adelantaron tareas de prospección en los valles del río Cesar y la cuenca media del

río Ranchería. Esta aproximación llevó a conectar los hallazgos de la primera fase con las ocupaciones tempranas de la Sierra Nevada de Santa Marta (Reichel-Dolmatoff, 1954). De igual forma, se asumió que el cultivo del maíz sería una influencia tardía proveniente de las estribaciones de la sierra.

De acuerdo con estos investigadores, el crecimiento demográfico y la presión sobre el ambiente conllevaron a un acelerado proceso erosivo que se agudizó con la conquista española y la introducción de las cabras en la región (Reichel-Dolmatoff, 1954).

La presencia de los estilos cerámicos del río Ranchería en la cuenca del río Cesar permitieron definir un horizonte cultural que se extendía hasta el bajo Magdalena por un lado, y el actual territorio venezolano por el otro.

Décadas más tarde, Gerardo Ardila adelantó investigaciones arqueológicas en la Alta Guajira y la cuenca media del río Ranchería. Su aproximación incluyó otros *proxies* como la antropología histórica, la etnografía, la lingüística y destaca la hipótesis de que la primera tradición policroma vendría desde las tierras bajas venezolanas, siguiendo el curso del río Orinoco (Ardila, 1996).

En la región Caribe sobresale una formación geológica particular: la Sierra Nevada de Santa Marta. Se trata de un macizo montañoso que posee todos los pisos térmicos y un marcado endemismo, dado su aislamiento de la cordillera de los Andes. Desde inicios del siglo XX comenzaron a adelantarse exploraciones arqueológicas en los costados norte y suroriental, debido a la presencia de centros poblados y modificaciones importantes del paisaje. De estas primeras aproximaciones destacan la de Alden Mason, quien adelantó trabajo de campo en la franja costera y las zonas de Dibulla y el río Don Diego (Mason, 1939). De igual forma, excavó en sitios como Pueblito, Nahuange, Guachaquita y Palmarito, que se caracterizan por los muros de contención, anillos de laja, pavimentos de veredas, escaleras y canalización de aguas.

Décadas más tarde, la pareja Reichel-Dolmatoff retoma los trabajos en Pueblito sumando las cuencas de los ríos Córdoba, Sevilla y Manzanares, definiendo tres fases de ocupación (Reichel-Dolmatoff, 1954). Por su parte, Bischof (1968), con sus excavaciones en Pueblito, propone una periodización que hace énfasis en dos fases: el período Nahuange o Buritaca y el Pueblito Tardío.

La investigación arqueológica en la Sierra se intensifica en la década de 1970, cuando el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) adelanta una expedición de la cuenca del río Buritaca. Durante esas tareas se identifican y registran más de doscientos asentamientos prehispánicos, caracterizados por las estructuras de piedra, muros de contención, y las transformaciones del paisaje. Fue un programa que se mantuvo entre 1976 y 1986, en el cual participaron numerosos investigadores (Cadavid y Groot, 1987; Cadavid y Herrera, 1985).

Los datos actuales indican una ocupación inicial hace 1.800 años, consolidando las aldeas con estructuras en piedra hacia los siglos XI o XII de nuestra era. De igual forma, se aclara que aquello denominado por los españoles durante la Conquista como Tairona, corresponde a diversos territorios y organizaciones sociales que comparten un sustrato cultural pero que tenían independencia y autonomía política (Langebaek, 1987; Serje, 1987; Giraldo, 2000).

## 5. ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA Y SUBACUÁTICA EN EL CARIBE COLOMBIANO

Sin duda alguna el trabajo pionero de arqueología histórica en el Centro Histórico de Cartagena es el de Gonzalo Correal Urrego (1994), quien adelantó un amplio estudio en la Casa de la Inquisición, como parte de un plan de restauración a cargo del Instituto Nacional de Vías. En este trabajo reporta la presencia de abundante material cerámico que, infortunadamente, no fue debidamente identificado, dada la escasa experiencia con estos materiales por parte del investigador.

Jimena Lobo Guerrero y Elena Uprimmy (2007) también adelantaron estudios arqueológicos de tres predios en la Ciudad Amurallada, asociados con intervenciones de restauración inmueble, todos en el ámbito de la plaza de San Agustín. Estos estudios revelaron la secuencia histórico-constructiva de esta plaza y su entorno.

En cuanto al sistema defensivo se refiere, se ha abordado ampliamente desde una perspectiva histórica y arquitectónica, con una profusa bibliografía al respecto (Zapatero, 1979, Marco Dorta 1988; Blanes, 2001; Cabrera, 2003).

Por su parte, arqueológicamente hablando, las estructuras defensivas han sido investigadas por Monika Therrien (2001), quien estudiando el claustro de San Pedro Claver documentó algunos rasgos asociados con la antigua muralla de la ciudad, así como artefactos relacionados con esta actividad militar.

En ese sentido vale la pena precisar que el Centro Histórico de Cartagena de Indias, incluyendo por supuesto su sistema defensivo, hace parte de la lista de Patrimonio Mundial desde la década de 1980. Eso ha motivado múltiples y desordenadas intervenciones, la mayoría de ellas no documentadas o en literatura gris, que dificultan el seguimiento de su evolución hasta nuestros días.

En el caso de los proyectos que cuentan con documentación arqueológica resalta el adelantado en 1998 por el Consorcio Civilco en Tierra Bomba, el cual fue coordinado por el arqueólogo Roger Arrazcaeta, director del gabinete de arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. Sin duda alguna, a la fecha resulta ser la aproximación arqueológica más seria relacionada con las estructuras militares de esta isla.

En el 2004 Carlos Del Cairo adelantó un reconocimiento arqueológico subacuático, buscando localizar la antigua batería de Chamba en la isla Tierra Bomba (Del Cairo, 2009), un esfuerzo desarticulado de lo que se había adelantado un lustro atrás. Posteriormente el mismo investigador en 2008, y articulado a su proyecto de tesis de maestría, intentó abordar el ataque de Vernon de 1741 analizando el sistema defensivo actual de Tierra Bomba; infortunadamente, el investigador confundió nombres y mapas históricos, por lo que sus conclusiones merecen ser reevaluadas, una limitación propia de un estudio de maestría que además no contó con un juicioso estudio de fuentes primarias.

Un asentamiento del Caribe colombiano que ha venido siendo investigado desde mediados del siglo pasado es Santa María la Antigua del Darién. Se trata de un hito importante en el proceso de conquista de Tierra Firme, constituyéndose en la primera ciudad de Castilla del Oro en 1510. Desde esta ciudad colonial se llevó a cabo, para Europa, el descubrimiento del Mar del Sur por parte de Vasco Nuñez de Balboa y se inició el proceso de conquista de América Central, a cargo de Pedrarias Dávila, a partir de 1514 (Martín y Rovira, 2012).

Dada su particular importancia, fue objeto de estudio por parte de una misión de exploración a cargo del rey Leopoldo de Bélgica en 1956. A partir de esa fecha Graciliano Arcila Vélez continúa visitando y trabajando el sitio hasta finales del siglo XX (Arcila, 1986). El sitio vuelve a retomarse por un proyecto esporádico y coyuntural de Vignolo y Becerra (2011), hasta que a partir de 2013 se adelanta el primer proyecto sistemático en el lugar, diseñando un plan de manejo y consiguiendo su declaratoria como bien de interés cultural de la Nación en el año 2015 (Sarcina, 2017).

Por último, vale la pena resaltar el reciente proyecto adelantado en el barrio Abajo de Barranquilla, que se consolida como el primero de arqueología urbana en la región. Al ampliarse la carrera 50, en el centro de la ciudad, se llevó a cabo una serie de excavaciones, dirigidas por Javier Rivera (2015), que demostraron una larga ocupación humana en lo que ahora ocupa la ciudad de Barranquilla, desde el siglo XIII de nuestra era. Se esperan ahora las publicaciones asociadas con este proyecto.

En cuanto a arqueología subacuática se refiere, las investigaciones apenas comienzan. Los proyectos en aguas internas, fluviales y lacustres; en el mar territorial; en la zona contigua, la zona económica exclusiva, o en la plataforma continental e insular, han sido pocos, a pesar de contar con un gran potencial arqueológico. En el caso del Caribe colombiano se ha identificado, a partir del trabajo de archivo, la existencia de 119 naufragios en las costas de Cartagena, La Guajira, Magdalena, Maracaibo, Morrosquillo, Panamá, San Andrés, Santa Marta y Urabá, todos ubicados temporalmente entre los siglos XVI al XIX (Romero y Pérez, 2005).



Tal vez la bahía de Cartagena de Indias es la que cuenta con el mayor número de intervenciones arqueológicas en proyectos académicos (García y Del Cairo, 2002; Mc Bride, 2003; García, 2004; Del Cairo y García, 2006; Uribe, 2006; Del Cairo, 2009), desde la década de 1980, con el reconocimiento de varios naufragios coloniales en Salmedina y en las bahías de Cartagena de Indias (García y Del Cairo, 2002, 2006; Mc Bride, 2003; Uribe, 2006). De igual manera, se han identificado evidencias prehispánicas correspondientes a concheros (Mc Bride, 2003), estructuras y restos de fuertes (Mc Bride, 2003; Del Cairo, 2009).

Sin embargo, desde 2008 se vienen realizando diagnósticos y reconocimientos no intrusivos desde la arqueología preventiva en la bahía de Buenaventura; el golfo de Morrosquillo; Albornoz, cerca de la isla Burbuja; Barú, islas del Rosario, Bocachica, el canal de Manzanillo, San Andrés, Providencia y la Ciénaga Grande de Santa Marta.

Debe aclararse que en Colombia los trabajos arqueológicos subacuáticos, a diferencia de aquellos en territorio continental, han sido escasos y desarrollados más como esfuerzos individuales aislados que como programas de investigación permanente y de larga duración (García y Del Cairo, 2002; Romero y Pérez, 2005; Del Cairo y García, 2006).

El primer esfuerzo científico que buscó la capacitación profesional en el tema se dio entre 1989 y 1995 en el sitio Salmedina I, en Cartagena de Indias, bajo los auspicios de la Armada Nacional (Departamento de Buceo y Salvamento y Centro de Investigaciones Oceanográficas e Hidrográficas), la Fundación Museo Naval del Caribe y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) (Uribe, 2006).

Esta primera expedición logró recuperar del lecho marino 7 cañones, 68 tachuelas de diversos tamaños, 23 fragmentos de plomo, 19 fragmentos de vidrio, un fragmento de lámina de diversos calibres y numerosas piedras de lastre. El equipo de investigación propuso que estos elementos hacían parte de un buque inglés del siglo XVIII que se encontraba en aprestamiento de combate. Sin embargo, y después de este primer esfuerzo, lastimosamente, como lo mencionó en su momento el investigador Uribe (2006), toda la información de ese proyecto desapareció.

Años después, en el 2001, en la misma ciudad se han vuelto a desarrollar propuestas de capacitación profesional. Durante el primer curso se buscó formar y capacitar un equipo de estudiantes de varias universidades colombianas en temas de protección y conservación del patrimonio cultural sumergido en un naufragio conocido como El Conquistador (García y Del Cairo, 2002). De este curso impartido por el Centro de Investigaciones Oceanográficas e Hidrográficas (CIOH) de la Dirección General Marítima (Dimar),

saldrían algunos de los pocos investigadores que hoy día continúan con sus trabajos en este campo.

Paralelamente, se han realizado inventarios de bienes arqueológicos. En 2003 John McBride llevó a cabo un proyecto cuya finalidad era continuar con el inventario total de la bahía de Cartagena y comparar las condiciones actuales de deterioro, saqueo y alteraciones por sedimentación, con registro mediante medios no intrusivos. Este avance de investigación resultó en una serie de prospecciones que se hicieron a través de inmersiones sistemáticas de observación visual, lo cual permitió cubrir una extensa parte de la superficie del fondo de la bahía. Sólo se clasificaron los sitios que eran observables a simple vista. Se trazaron tres zonas con potencial arqueológico, ubicadas en la bahía de Cartagena, la isla Tierra Bomba y sectores cercanos al casco urbano. En términos generales los sitios arqueológicos registrados consisten principalmente en basureros dispersos, producto de fondeos, baterías de cañones y naufragios (McBride, 2003).

Por otra parte, desde el año 2013 se han venido adelantando algunos estudios arqueológicos articulados a proyectos de dragado portuario en la bahía de Cartagena; tales trabajos permanecen aún como literatura gris producto de informes dentro de programas de arqueología preventiva, por lo que es poco probable que sus resultados estén disponibles para un público general próximamente (Del Cairo y Palacio, 2014; Martín y Roa, 2015).

Recientemente el Grupo de Arqueología de la Universidad del Norte inició un proyecto de paisaje cultural marítimo de la bahía de Cartagena de Indias, específicamente relacionado con el ataque de Vernon en 1.741. Se trata de un intento por consolidar un programa permanente de investigaciones, así como un espacio de capacitación que ha contado con el apoyo intermitente del CIOH y el ICANH. Este proyecto contó con el apoyo financiero de la National Geographic y el Waitt Institute, y espera publicar sus primeros resultados a finales de 2018 (Martín *et al.*, en prensa).

Asociado con el proyecto arqueológico en Santa María del Darién, se llevó a cabo la prospección y evaluación arqueológica de la bahía La Gloria, considerada el puerto de la ciudad colonial. Desafortunadamente los datos recuperados, mediante el uso de magnetómetro y buceos de anomalías, no permitió la identificación de ninguna evidencia que sugiriese que allí se hubiera llevado alguna actividad portuaria pasada o presente (Martín *et al.*, 2015).

Finalmente, y a partir de un trabajo previo de investigación histórica adelantado por Álvaro Mendoza y Enrique Yidi (2014), se precisó la identificación de un antiguo vapor alemán hundido en la bahía de Puerto Colombia, en 1918, al final de la Primera Guerra Mundial. A partir de 2015 la Universidad del Norte inició un proyecto arqueológico e histórico sobre este barco,

identificado como el *Prinz August Wilhelm*, en el que se evaluó su estado de conservación, se adelantó un trabajo de investigación de archivo sistemático y se documentó el pecio mediante un sistema multihaz (Martín *et al.*, 2017). Se espera con este proyecto consolidar un programa de investigaciones en la bahía que garantice la conservación del patrimonio subacuático de Puerto Colombia, de su biodiversidad, y evite los serios procesos erosivos que sufre el litoral de ese municipio (Bolívar *et al.*, 2017).

## 6. LOS MUSEOS ARQUEOLÓGICOS REGIONALES

La región Caribe colombiana, y en general el país, no poseen una poderosa tradición de museos. En la región se cuenta con un registro de ocho museos arqueológicos, de los cuales dos hacen parte del Museo del Oro: el Zenú, en Cartagena de Indias, inaugurado en 1982, y el Tairona, en Santa Marta, recientemente renovado. En ambos espacios se hace énfasis, por supuesto, en la orfebrería, con un estilo museográfico sobrio y elegante.

Sin embargo, en la región Caribe hay, al menos, cuatro museos que se destacan, dos de ellos asociados a entidades universitarias, y los otros dos a iniciativas comunitarias, que dan cuenta del poder que tiene el patrimonio arqueológico en la reconstrucción del tejido social de una región azotada por la violencia en el país.

En la década de 1940 el Instituto de Investigaciones Etnológicas del Atlántico estuvo a cargo de un pionero de la arqueología colombiana, Carlos Angulo Valdés. Es a partir de su gestión que se consolida como un centro de investigación científica albergando numerosas colecciones arqueológicas, resultado de los proyectos que se venían adelantando en la región. En 1960 una reforma administrativa de la Universidad del Atlántico transformó el Instituto en el Museo de Antropología de la universidad, convirtiéndose en el custodio de esas colecciones y comunicador de este conocimiento (Álvaro Martes, comunicación personal, 2018).

En 2005 el museo fue renovado, luego de treinta años de estancamiento, tarea que adelantó la entonces directora, María Trillos, y a partir de ese momento retomó su papel, convirtiéndose en un referente local. Actualmente, bajo la dirección de Álvaro Martes, el museo se encuentra en una nueva etapa de renovación, esperando que con ello se amplíe la escasa oferta cultural de Barranquilla.

El otro museo universitario que surge, desde el año 1977, con el trabajo incansable de Carlos Angulo Valdés, es el Museo Arqueológico de Pueblos Karib (Mapuka), de la Universidad del Norte; fundado en 2013, alberga una

amplia colección arqueológica de la región Caribe y en su corta trayectoria cuenta con más de una docena de proyectos nacionales e internacionales, un programa de especialización en Arqueología y numerosas publicaciones (Martín y Campuzano, 2015).

El museo Mapuka, paralelamente, se ha convertido en un referente cultural para la región, con amplia oferta de actividades permanentes tales como “Un Caribe a Cuatro Voces”, “Diálogos de Arqueología”, “Mapukeando”, exhibiciones temporales que garantizan una oferta variada y diversa de contenidos y donde la comunidad educativa ha encontrado también un laboratorio de enseñanza-aprendizaje.

Otro museo que se ha consolidado en referente regional, promovido primero como iniciativa particular y respaldado luego por el municipio, es el Museo Arqueológico de Galapa (MUGA). Aunque su creación, por acuerdo municipal, se remonta al año 2007, no fue sino hasta marzo de 2013 que consolidó veinte años de trabajo y esfuerzo al inaugurar su sala permanente. Hoy día está adscrito a la Casa de la Cultura del municipio, convirtiéndose en un centro cultural ejemplo para el departamento y la región (Meca, comunicación personal, 2018).

Sin duda el museo más emblemático, por todo lo que significó su consolidación, es el Museo Comunitario de San Jacinto, Bolívar. Se trata de un esfuerzo iniciado en 1984, cuando un grupo de jóvenes entusiastas configuró la primera biblioteca municipal y a partir de ella se fue desarrollando una colección arqueológica con el aporte de los vecinos del municipio que, en sus labores diarias en el campo, iban recolectando objetos arqueológicos (Botero, 2014).

La violencia que azotó la región de los Montes de María generó un desplazamiento forzado y la consecuente desarticulación de esta comunidad. Eso llevó al estancamiento del proceso, pero silenciosamente no desapareció, la comunidad siguió resguardando la colección y mantuvo viva la esperanza de un futuro espacio museal (Botero, 2014; Campuzano, 2013).

La estrategia de resistencia a la violencia por parte de la comunidad de San Jacinto se articuló en torno al patrimonio arqueológico, de tal suerte que mediante un decidido trabajo comunitario y la participación de todos en la construcción de guion museográfico se facilitó el doloroso proceso de reconstrucción del tejido social del municipio (Campuzano, 2013).

Hoy en día el Museo Comunitario de San Jacinto, de la mano de Jorge Quiroz (Braco), se ha posicionado como referente en la región y el país, con amplia oferta cultural y la inmensa responsabilidad de transmitir a las generaciones futuras ese legado cultural que los hace únicos y especiales en la región Caribe colombiana.

## 7. CONSIDERACIONES FINALES

Dada la riqueza arqueológica de la región Caribe colombiana, desde muy temprano en el siglo XX se convirtió en un foco de atención de investigadores nacionales y extranjeros. A partir de estos trabajos pioneros se fue construyendo un corpus de información que sigue siendo referente obligado para las investigaciones presentes y futuras (Mason, 1939; Reichel-Dolmatoff y Dussán, 1956; Reichel-Dolmatoff, 1955, 1985; Angulo 1981; Plazas y Falchetti, 1981; Oyuela-Caycedo, 1987).

En la década de 1970 se contaba ya con una importante base de información que generó los primeros programas de investigación, entre los cuales se destacó el de la cuenca del río Buritaca, en la Sierra Nevada de Santa Marta, y se fueron incorporando más datos relacionados con procesos claves para el desarrollo de las sociedades prehispánicas del continente como la invención de la alfarería, el aprovechamiento de recursos y los procesos de adaptación, los cambios en las prácticas hortícolas y agrícolas, las dinámicas poblacionales, la complejización social, el desarrollo tecnológico y la transformación del paisaje (Giraldo, 2000; Oyuela-Caycedo y Bonzanni, 2014).

Durante la década de 1990 los proyectos arqueológicos en la región Caribe disminuyeron debido a la violencia y la inseguridad en el campo, coincidiendo con los inicios de la arqueología histórica y urbana.

A partir del siglo XXI un nuevo impulso en el desarrollo de la infraestructura, construcción, exploración y explotación mineroenergética en la región le abrieron nuevamente posibilidades a la arqueología preventiva. Actualmente, en los archivos del ICANH existen más de ochocientos registros relacionados con informes de prospección, excavación y monitoreo arqueológico, que dan cuenta de la intensa actividad vivida en estas dos últimas décadas. Lamentablemente, estos informes no pasan de la literatura gris y su consulta resulta limitada, de ahí que está la inmensa tarea de consolidar esta información para que sea útil.

En cuanto a la arqueología histórica se refiere, la situación es menos alentadora. Aunque se destaca el surgimiento de un programa arqueológico permanente en Santa María la Antigua del Darién, centros históricos como Cartagena, Santa Marta y Mompo, solo por mencionar unos cuantos, están por fuera de los estudios arqueológicos; las numerosas intervenciones arquitectónicas en estos centros históricos no han pasado por intervenciones arqueológicas previas, perdiendo cada día valiosa información de estas ciudades coloniales. El desconocer que cada uno de estos centros urbanos es un sitio arqueológico que requiere el diseño de un plan de manejo apropiado seguirá facilitando las tareas de los promotores inmobiliarios.

Finalmente, la arqueología subacuática en Colombia se encuentra hoy en día en una crisis profunda, debido a la formulación de la Ley 1675 de 2013, acompañada por el Ministerio de Cultura y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia, que le abrió la puerta a las empresas cazatesoros, permitiéndoles obtener como ganancia el 50% de lo que el Estado colombiano ahora mismo no considera patrimonio cultural. El caso del galeón San José es el mejor ejemplo de cómo las instituciones que deberían velar por la conservación, investigación y gestión del patrimonio se han puesto al servicio de los intereses privados, promoviendo proyectos de carácter puramente comercial.

## REFERENCIAS

- Angulo, C. (1955). *Arqueología de Tubará*, Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Angulo, C. (1981). *La tradición Malambo*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Angulo, C. (1983). *Arqueología del valle de Santiago, norte de Colombia*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Angulo, C. (1988). *Guájaro en la arqueología del norte de Colombia*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Archila, S. (1993). “Medio ambiente y arqueología de las tierras bajas del Caribe colombiano”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 34-35, pp. 111-164.
- Arcila, G. (1986). *Santa María la Antigua del Darién*, Bogotá: Presidencia de Colombia.
- Ardila, G. (1996). *Los tiempos de las conchas*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Betancourt, A. (2003). “Punta Polonia y el Formativo Temprano en Colombia”, tesis para optar por el título de antropólogo, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Betancourt, A.; Rangel, O. (2012). “Reconstrucción paleoecológica del Holoceno tardío en la ciénaga de Luruaco”, en: J. O. Rangel (ed.), *Colombia, diversidad biótica XII. La región Caribe de Colombia* (pp. 131-143), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bischof, H. (1968). “Contribuciones a la cronología de la Cultura Tairona”, *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanisten Kongress*, Band 1, Munchen.

- Blanes, T. (2001). *Fortificaciones del Caribe*, Madrid: Sociedad de Servicios de Artes Gráficas.
- Bolívar, M.; Rivillas, G.; Martín, J. G. (2017). “Erosion of Puerto Colombia Coast by Maritime Activities”, en *Water Perspectives in Emerging Countries. Integrating Ecosystems in Coastal Engineering Practice (Incecp)* (pp. 222-235), Cuvillier Verlag.
- Botero, C. (2014). “La construcción del Museo Comunitario de San Jacinto, Montes de María, Bolívar”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. CI, núm. 859, pp. 493-515.
- Bray, W. (1984). “Across the Darien Gap”, en: F. Lange y D. Stone (eds.), *The Archaeology of Lower Central America* (pp. 305-338), New Mexico Press, Albuquerque.
- Butzer, K. W. (1989). *Arqueología. Una ecología del hombre: método y teoría para un enfoque contextual*, Madrid: Ediciones Bellaterra.
- Cabrera, A. (2003). “Relación de la fortaleza de San Fernando con el parque histórico y arqueológico de la isla de Carex y el sistema de fortificaciones de la bahía”, en: D. Pineda (ed.), *II Taller Internacional de Fortificaciones. Investigación del fuerte de San Fernando de Bocachica: una visión integral* (pp. 25-44), Universidad Politécnica de Valencia, Valencia.
- Cadavid, G.; Groot, A. M. (1987). “Buritaca 200. Arqueología y conservación de una población precolombina (Sierra Nevada de Santa Marta-Colombia)”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 19, pp. 56-81.
- Cadavid, G.; Herrera, L. F. (1985). “Manifestaciones culturales en el área Tairona”, *Informes Antropológicos*, núm. 1, pp. 5-54.
- Campuzano, J. (2013). “El Museo Comunitario de San Jacinto, Bolívar, Colombia. Tejiendo pasado en la valoración del presente”, *Baukara, bitácoras de antropología e historia de la antropología en América Latina*, núm. 4, pp. 22-33.
- Correal, G. (1983). “Evidencia de cazadores especializados en el sitio La Gloria, golfo de Urabá”, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, vol. 15, núm. 58, pp. 77-82.
- Correal, G. (1994). “Prospección arqueológica en la Casa de la Inquisición, Cartagena”, *Boletín de Arqueología, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales*, vol. 9, núm. 2, pp. 3-53.
- Cooke, R. (1986). “La arqueología del Panamá precolombino y su importancia para los estudios de los pueblos de habla chibcha”, en: R. Barrantes, M. E. Bozzoli y P. Gudiño (eds.), *Memorias del Primer Simposio Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica*, Instituto Geográfico de Costa Rica, San José.
- Del Cairo, C. (2009). *Arqueología de la guerra en la batería de San Felipe*, Bogotá: Editorial CESO; Universidad de los Andes.

- Del Cairo, C.; García, C. (comps.) (2006). *Historias sumergidas. Hacia la protección del patrimonio cultural subacuático en Latinoamérica*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Del Cairo, C.; Palacio, L. (2014). *Prospección arqueológica y plan de manejo arqueológico para la modificación de la licencia ambiental para el dragado de profundización del canal de acceso a la bahía de Cartagena de Indias, Colombia*, Medellín: Aqua & Terra Consultores.
- Dillehay, T. (2000). *The Settlement of the Americas. A New Prehistory*, New York: Basic Books.
- Falchetti, A. M. (1976). "The Goldwork of the Sinu Region, Northern Colombia" (tesis sin publicar), University of London, Institute of Archaeology, London.
- Falchetti, A. M. (1987). "Desarrollo de la orfebrería Tairona en la provincia metalúrgica del norte colombiano", *Boletín Museo del Oro*, núm. 19, pp. 3-23.
- Falchetti, A. M. (1995). *El oro del Gran Zenú. Metalurgia prehispánica en las llanuras del Caribe colombiano*, Bogotá: Banco de la República, Museo del Oro.
- Foster, D.W.; Lathrap, D. (1975). "Más evidencias sobre el desarrollo de la cultura de selva tropical en la costa norte de Colombia, durante el primero y segundo milenio antes de Cristo". *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 14, pp.103-139.
- García, C. (2004). "Propuesta metodológica mapa arqueológico subacuático", Universidad Nacional (monografía sin publicar).
- García, C.; Del Cairo, C. (comps.) (2002). "Curso de protección y conservación del patrimonio cultural sumergido", Colombia: Ministerio de Cultura, Museo Naval del Caribe y Escuela Naval de Cadetes Almirante Padilla.
- Giraldo, S. (2000). "Del Rioja y otras cosas de los caciques: patrones de intercambio tairona en el siglo XVI", *Arqueología del Área Intermedia*, núm. 2, pp. 47-68.
- Groot, A. M. (1989). "La Costa Atlántica", en: A. Botiva (comp.), *Colombia prehispánica: regiones arqueológicas* (pp. 19-39). Bogotá: Colcultura; Instituto Colombiano de Antropología.
- Hernández, J. I.; Samper, D.; Landazábal, C.; Nieto, M.; Otero, M. (1995). *Desiertos: zonas áridas y semiáridas de Colombia*, Cali: Banco de Occidente.
- Jaimés, A. (1998). "El Vano, Venezuela. El Jobo traditions in a Megathere kill site", *Current Research in the Pleistocene*, núm. 15, pp. 25-27.
- Jaimés, A. (1999). "Nuevas evidencias de cazadores-recolectores tempranos y aproximación del uso del espacio geográfico en el noroccidente de Venezuela. Sus implicaciones en el contexto suramericano", *Arqueología del Área Intermedia*, núm. 1, pp. 83-120.



- Langebaek, C. H. (1987). “La cronología de la región arqueológica Tairona vista desde Paparé, municipio de Ciénaga”, *Boletín de Arqueología*, vol. 2, núm. 1, pp. 83-101, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacional.
- Langebaek, C. H.; Dever, A. (2000). “Arqueología en el Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano”, *Informes de Arqueología del Instituto Colombiano de Antropología e Historia*, núm.1, Bogotá.
- Lobo, J.; Uprimny, E. (2007). “Arqueología vemos, de otras cosas no sabemos. Resultados recientes en arqueología histórica en la ciudad de Cartagena de Indias”, *Revista Memorias*, vol. 4, núm. 7, pp. 46-59.
- Marco, E. (1988). *Cartagena de Indias: puerto y plaza fuerte*, Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.
- Martín, Juan G.; Espinosa, J. M.; Roa, E.; Blanco, E.; Blanco, J. (2017). “Arqueología subacuática en Puerto Colombia. Avances sobre el vapor *Prinz August Wilhelm*”, *Arqueología Iberoamericana*, núm. 36, pp. 60-65.
- Martín, J. G.; Roa, E. (2015). “Prospección arqueológica subacuática para el plan de dragado de profundización de la zona de maniobras y atraques de Contecar S.A. a 16,5 y 17,5 metros de profundidad, bahía de Cartagena” (informe sin publicar).
- Martín, J. G.; Rovira, B. (2012). “The Panamá Viejo Archaeological Project. More than a Decade of Research and Mangement of Heritage Resources”, *Historical Archaeology*, vol. 46, núm. 3, pp. 16-26.
- Martín, J. G.; Espinosa, J. M.; Sarcina, A. (2015). “¿El primer puerto español en Tierra Firme? Arqueología en bahía La Gloria, Colombia”, *Arqueología Iberoamericana*, núm. 28, pp. 62-69.
- Martín, J. G., Campuzano, J. (2015). “Museo Arqueológico de Pueblos Karib - MAPUKA. Hacia la sensibilización de una región” *Revista Códice*, núm 28, pp. 62-73.
- Mason, A. (1931-1939). Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture (part I, “Report on field Work”, 1931; part II, sec. 1, “Objects of stone, shell, bone and metal”, 1936; part II, sec. 2, “Object of pottery”, 1939), *Field Museum of Natural History, Anthropological Series*, núm. 20, pp. 1-3, Chicago.
- Mc Bride, J. (2003). “Prospección e inventario de los recursos culturales sumergidos en la bahía de Cartagena de Indias, Informe Proyecto bajo la cota 0”, ICANH.
- Oyuela-Caycedo, A. (1987). “Dos sitios arqueológicos con desgrasante de fibra vegetal en la serranía de San Jacinto (departamento de Bolívar)”, *Boletín de Arqueología. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacional*, vol. 2, núm. 1, pp. 5-26.

- Oyuela-Caycedo, A. (1996). "The study of collector variability in the transition to sedentary food producers in Northern Colombia", *Journal of World Prehistory*, vol. 10, núm. 1, pp. 49-93.
- Oyuela-Caycedo, A. (2006). "El contexto económico de la alfarería temprana en el caso de San Jacinto 1", *Boletín de Arqueología PUCP*, núm. 10.
- Oyuela-Caycedo, A.; Bonzani, R. M. (2014). *San Jacinto 1. Ecología histórica, orígenes de la cerámica e inicios de la vida sedentaria en el Caribe colombiano*, Barranquilla: Universidad del Norte.
- Oyuela-Caycedo, A.; Rodríguez, C. (1995). "La formación de los concheros: el caso del noroccidente de América del Sur", *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, núm. 11, pp. 73-123.
- Peña, G. A. (2001). "Peces migratorios y residentes del sitio arqueológico de Guájaro-Colombia: aproximación a los cambios climáticos entre los siglos IX y XIII d. C.", en: G. Morcote (ed.), *Memorias del Simposio Pueblos y Ambientes: una Mirada al Pasado* (pp. 79-88), Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, Bogotá.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1981), *Asentamientos prehispánicos en el bajo río San Jorge*, Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1986). "La cultura del oro y el agua: un proyecto de reconstrucción", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 23, núm. 6, pp. 57-72.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1988). "Poblamiento prehispánico y adecuación hidráulica en el bajo río San Jorge. Arqueología de las Américas", Congreso Internacional de Americanistas, Banco Popular, Bogotá.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M. (1990). "Manejo hidráulico Zenú", en: *Ingenierías prehispánicas* (pp. 151-171), Fondo FEN; Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M.; Sáenz, J. (1993). *La sociedad hidráulica Zenú. Estudio arqueológico de 2000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*, Bogotá: Banco de la República.
- Plazas, C.; Falchetti, A. M.; Van der Hammen, T. (1988). "Cambios ambientales y desarrollo cultural en el Bajo río San Jorge", *Boletín Museo del Oro*, núm. 20, pp. 55-88.
- Rangel, O. (ed.). (2012). *Colombia, diversidad biótica XII. La región Caribe de Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1954). "Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta, partes 1 y 2", *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 2, pp. 147-206.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1955). "Excavaciones arqueológicas en los conchales de la costa de Barlovento", *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 4, pp. 247-272.

- Reichel-Dolmatoff, G.; Dussán, A. (1991). *Arqueología del Bajo Magdalena, estudio de la cerámica Zambrano*, Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1991). *Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga (departamento de Bolívar)*. *Antropología 2*, Bogotá: Ediciones de la Universidad de los Andes.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1985). *Monsú. Un sitio arqueológico*, Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura, Banco Popular.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1986). *Arqueología de Colombia: un texto introductorio*, Bogotá: Editorial Arco.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1989). “Colombia indígena, período prehispánico”, en *La Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá.
- Reichel-Dolmatoff, G.; Dussán, A. (1956). “Momil: excavaciones arqueológicas en el río Sinú”, *Revista Colombiana de Antropología*, núm. 5, pp. 111-303.
- Ramos, E.; Archila, S. (2008). *Arqueología y subsistencia en Tubará, siglos IX-XVI*, Bogotá: Universidad de los Andes.
- Ramos, E. (2014). “Etnozoología y zooarqueología aplicada a la conservación de especies de fauna en el Caribe colombiano: primeros pasos en un largo camino”, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, vol. 2, núm. 1, pp. 44-60.
- Rivera-Sandoval, J. (2015). “Estudios arqueológicos para el proyecto de ampliación de la carrera 50 en Barrio Abajo y Barlovento, Centro Histórico de Barranquilla, Informe de avance” (sin publicar), Departamento de Historia y Ciencias Sociales, Universidad del Norte, Barranquilla.
- Rodríguez, C. (1988). “Las tradiciones alfareras tempranas en las llanuras del Caribe colombiano”, *Boletín de Arqueología*, vol. 3, núm. 2, pp. 26-40.
- Rodríguez, J. V., Cifuentes, A.; Aldana, F. (2010). *Espacios rituales y cotidianos en el Alto río Ranchería, La Guajira, Colombia. Arqueología del sureste de la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá: Instituto Colombiano de Desarrollo Rural; Universidad Nacional de Colombia.
- Romero, R.; Pérez, J. F. (2005). *Nafragios y puertos marítimos en el Caribe colombiano*, México: Siglo XXI.
- Santos, G. (1986). “Asentamientos prehispánicos en la región del golfo de Urabá y su desarrollo hasta la época de la Conquista”, *Maguaré*, núm. 3, pp. 57-62.
- Sarcina, A. (2017). “Santa María la Antigua del Darién, la primera ciudad española en Tierra Firme”, *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 53, núm. 1, pp. 269-300.
- Serje, M. (1987). “Arquitectura y urbanismo en la cultura tairona”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 19, pp. 87-96.
- Therrien, M. (2001). “Correrías de san Pedro Claver: narrativas alrededor de la cultura material”, *Revista de Antropología y Arqueología*, núm. 13, pp. 89-112.

- Uribe, C. A. (2006). “Los inicios de la arqueología submarina en Colombia”, en: C. García y C. Del Cairo (eds.), *Historias sumergidas. Hacia la protección del patrimonio sumergido en Latinoamérica*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Uribe, M. V. (1988). “Introducción a la orfebrería de San Pedro de Urabá, una región del noroccidente colombiano”, *Boletín Museo del Oro*, núm. 20, pp. 35-53.
- Vignolo, P.; Becerra, V. (eds.) (2011). *Tierra Firme: el Darién en el imaginario de los conquistadores*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia; Universidad Nacional de Colombia.
- Yidi, E.; Mendoza, Á. (2014). *De la gloria al olvido: el hundimiento del vapor Prinz August Wilhelm en Puerto Colombia, 1918*, Puerto Colombia: Fundación Puerto Colombia.
- Zapatero, J. M. (1979). *Historia de las fortificaciones de Cartagena de Indias*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.